



DALIA ROSETTI

ME ENCANTARÍA

QUE GUSTES

DE MÍ

MANSALVA

"Nací el 21 de Septiembre de 1970, envuelta en el olor de los sandwiches de l@s estudiantes que entraba por la ventana de la Clínica Pediátrica "La salita" de Morón. Estudié en un colegio público y a los 9 años conocí a Flor. Rubia, la más linda del grado. Niña de provincia como yo, que se sentó a mi lado y supo compartir conmigo los momentos más bellos de mi niñez. De adolescente, luego de que me salieran los bigotes y de la desilusión del primer amor (Flor), nació mi vocación por escribir: *historias del corazón*, a pedido de mis compañeras de colegio, quienes tenían mejor suerte que yo. De esa manera podía sentir la emoción irracional del amor, que en esa época aún no golpeaba mi puerta. Idas y venidas, lágrimas y sonrisas, ilusión, euforia y fracaso, fueron los combustibles que dispararon mi romántica fantasía. Algunas musas directas de este libro: Gabriela, Cecilia, Fernanda, Lisa, Paula Pacheco, Flor, Julia, Ian, La Embajadora, Compañeras de Sexto B, La Turca, Pilar S. D., María O., María Moreno, Adriana (Córdoba), Laurita, Vivian, la chica del country que una vez me llamó, Margarita Bomero, la chica que alquilaba los caballos (Uruguay), Luciana, Lirio Violetsky, Mariana..."

Dalia Rosetti publicó todos sus títulos anteriores en editoriales pequeñas y artesanales, como *Tatuada para siempre* y *Sueños y pesadillas I, II, III y IV*, entre muchos otros libros.

Dalia Rosetti

Me encantaría que gustes de mí
y otros relatos

MANSALVA

Rosetti, Dalia
Me encantaría que gustes de mí
Primera Edición
Mansalva. *Colección Poesía y Ficción Latinoamericana*
Buenos Aires, 2005

ISBN 987-22648-3-x

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© Dalia Rosetti, 2005
© Mansalva, 2005
Honduras 5270 - (C1414BMV)
Buenos Aires, Argentina

Dirección: Francisco Garamona
Asistencia Editorial: Washington Cucurto
Arte: Javier Barilaro

Foto de tapa: Cecilia Szalkowicz, 2005

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, informático,
de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del director.

editorialmansalva@yahoo.com.ar

A Ramón Federico y Mariano

Me encantaría que gustes de mí

El mejor lugar para conseguir chicas es la playa

En la playa veo volar a las gaviotas haciendo círculos sobre mi cabeza. Me la toco para ver qué tengo y descubro que tengo un alga y un pescadito vivo enganchado en mis dreadlocks. Lo saco suavemente para no matarlo de un susto y lo tiro por el aire hacia el mar. Cae en la playa, así que me tengo que levantar y volverlo a tirar. Las gaviotas se dispersan y se van a hacer ruido a otro lado. Mariela es mi mejor amiga, vamos a todos lados juntas. Estuvimos por muchas playas de Sudamérica y ahora nos encontramos en Uruguay. Marie es mi compañera fiel de aventuras. Con ella puedo lograrlo todo. Nos complementamos perfectamente pero no pasa más que de una bella amistad. Cuando nos conocimos en Mar del Sur tuvimos sexo la misma tarde que nos vimos y pensamos en ese momento que lo nuestro sería un noviazgo que duraría para siempre, pero al otro día nos dimos cuenta que no y que a pesar de que nos amábamos, lo nuestro era sólo el comienzo de una bella amistad.

Mariela hace surf y por eso nos dedicamos a viajar por las playas. Estuvimos en el sur de Brasil el año pasado en un torneo interzonal de Florianópolis, y Marie salió cuarta. No le dieron medalla pero la nombraron, le regalaron un traje de neoprén color salmón con mangas largas y sin piernas, y la invitaron a participar este año del mismo campeonato pero con sede en Uruguay, en el balneario La Gaviota. Falta un día para que comience el Campeonato. Ya la playa está llena de promotoras que regalan parafina y profilácticos y de chicos que trabajan clavando banderas por todos lados. Este año XTC es la bebida oficial del torneo. Pilsen y Corona quedaron afuera. Los tiempos cambian. XTC tiene muchas menos calorías que

la cerveza y no hincha la panza. Para mí XTC es un blef, un producto inflado por la publicidad. Otra de las marcas que puso algo de dinero es Marisol 72, Pantalla Solar. Marie no para de hacer gimnasia y practicar. La campeona Florianópolis 2000 practica en otra playa para poder concentrarse mejor, ya que en la que estamos nosotras hay mucha gente. Yo desde la playa aliento a Mariela levantando mi dedo gordo. Y aprovecho para leer novelas de amor, escuchar música, fichar chicas y barrenar olas con mi tabla de telgopor.

En la playa en la que estamos, que es la favorita de las y los surfistas, hay un pequeño bar atendido por dos chicas muy lindas. El bar se llama Las Brujas y el tema de mayor conversación cuando el pato sale del agua es investigar si las chicas que lo atienden son hétero o pareja o si están solitas para salir con nosotras. Una, la que me gusta a mí, se llama Mariana y la que a Marie le gusta, porque es más bajita y flaca, se llama Sol. Mi Mariana tiene dreadlocks como yo, pero en rubia. Yo me decoloré el pelo con la parafina que me regalaron y me quedó entre marrón caramelo y verde manzana. Hoy es el día, hoy tenemos pensado con Marie ir al ataque y proponerles un plan súper divertido: ir al casino a apostar y a tomar algunos tragos rebuscados e ir después a bailar al boliche La Corneta, que es la disco top del lugar.

Mariela va a comprar unos superpanchos con ensalada a lo de las chicas como excusa para invitarlas a salir. Y la atiende la mía.

–Hola sí ¿qué necesitás?

–Quiero dos superpanchos y dos latas de cerveza.

–¿Los superpanchos los querés con ensalada?

–Dale ¿puede ser de tomate y zanahoria?

–Claro, en cinco minutos están listos. Vos sos surfista ¿no?

–Sí, vine al campeonato.

–Hay muchas chicas en el campeonato este año ¿no?

–Y... seremos unas doce. Muchas competimos en el campeonato de Floripa el año pasado. Yo salí cuarta.

–Ah... ¡qué bueno!

–Estoy con una amiga y no conocemos todavía muy bien el balneario. Tal vez, si les cabe, podemos salir esta noche...

–Nosotras trabajamos hasta las 23:30 porque hay muchos fogones en esta playa y aprovechamos para venderles leña y cerveza a los fagonistas. Algunos traen guitarra. Si les parece podemos encontrarnos aquí a las 22:00 y ...

–Dale! ...y después podemos ir al Casino, que no lo conocemos, y a bailar a La corneta, que hemos escuchado hablar que está buena.

–Mmmm... más o menos. El ambiente es demasiado stone y a nosotras nos gusta más la onda Red Hot Chilli Peppers, o Massive Attack.

–¿Conocés a Leo García? El que canta ese tema... Morrissey.

–Creo que sí. A ustedes les gusta la onda electrónica, ¿no?

–Sí, bastante. ¿Cómo te diste cuenta?

–Porque tu amiga tiene el bolso del Sónar.

–Ja, ja, ja... Ella estuvo el año pasado en Barcelona y lo usa para ir a todos lados. A mí me parece un poco careta pero ella dice que lo usa porque es re cómodo. No sé... en Buenos Aires la movida electrónica es bastante fuerte a pesar de que este año cerraron muchos boliches y sólo se puede escuchar en pequeños shows.

–A nosotras nos gusta la música fuerte, el punk, el rap...

–¿Y Massive Attack a qué viene?

–Bueno, no somos tan cerradas... ¿A vos no te gustan?

–Más o menos, me cansó esa onda tan... no sé.

–Podemos hacer un intercambio de casetes, ¿qué te parece? Así nos conocemos un poco más.

–Genial. Me parece fantástico. Entonces, ¿quedamos a las 22:00?

–Ok... Las estaremos esperando. Acá tenés los panchos y las cervezas. Te los tengo que cobrar, porque la verdad es que necesitamos cubrir los gastos del bar.

–Más bien, no esperaba que me fíes. Es más, te dejo este casete de adelanto para la noche.

–¿De qué es?

–Psyched TV... ¿lo conocés?

–No.

–Bueno mejor, te va a sorprender.

Mariela vuelve con las dos cervezas debajo de las axilas, los dos panchos rebalsantes de ensalada y ketchup en las manos. Yo corro y me acerco para ayudarla. Comemos los panchos mirando el mar, conversando acerca de la charla que tuvieron en el barcito. Después nos tomamos la cerveza y nos fumamos un cigarrillo cada una. Me doy cuenta de que a Mariela le gustó un poco mi chica y eso me preocupa. ¿Qué pasará esta noche? Me voy a caminar sola, a contemplar el mar y la playa, mientras Mariela después de hacer la digestión se mete al mar a correr olas.

Cómo me excitan las chicas

Son las 21:30, estamos por salir a buscar a Mariana y a Sol. Nos vestimos con jeans rotos. Yo me pongo la remera de manga larga pintada a mano que dice “¿Te gusto?” y tiene un smile en la espalda que dice “Llamame”. Mariela se puso la remera de manga larga súper gastada con el logo del campeonato de surf del año pasado que se intercambió con la campeona 2000. Le queda bárbara. Me siento un poco asustada porque me parece que ella tiene todas las de ganar con cualquiera de las dos. Ella es la protagonista. Yo, una simple actriz de reparto que no sabe hacer ni la vertical, apenas

un puntito en la inmensidad del paisaje.

Y yo, ¿qué hago?, ¿a qué me dedico? Soy secretaria de mi padre. Atiendo el teléfono en su estudio jurídico de 9 a 5 de la tarde y estudio Bellas Artes por la noche en la Escuela Polimodal de San Isidro. Recién este año pude encontrar una imagen más personal en lo que pinto. Hago caras de chicas que parecen duendes. Hace un año salí seleccionada en un concurso de Pequeño Formato que organizó la Municipalidad de Vicente López en el Museo Carreta. Pero en la playa, todo es mucho más corporal, casi diría carnal. Hace tres días comencé a hacer abdominales para bajar un poco los rollitos que tengo, a ver si me siento un poco más atractiva.

A las 21 agarramos las bicis y compramos por el camino cigarrillos sin filtro Oxi Bitué. Pensamos en un momento en comprar un buen champagne con cuatro copas para sorprender a las chicas, pero decidimos no hacerlo para que no sientan que estamos muertas porque nos den bola, así que decidimos llegar más cool con un Malbec. En el bar está Sol que nos saluda mientras le da una bolsa de leña a un chico pelado. A lo lejos se escuchan unos tambores que tocan candombe a full. También a través del viento de la playa llega "No sé lo que quiero, pero lo quiero ya!", a cargo de la voz inconfundible de Luca Prodan (Sumo 1986), acompañado de las delgadísimas y hasta aniñadas voces de un grupo de chicas que parece que hubieran venido de viaje de egresadas. En el bar Las Brujas escuchan bajito Massive Attack.

–Hola, no nos conocemos. Mi nombre es Mariela. Hoy charlamos con Mariana de...

–Ah... sí . Vos sos la que hace surf. Sí, me habló de vos y de que ibas a venir con una amiga.

–Sí, hola. Yo... Mi nombre es Soledad.

–Hola... Mariana ahora viene, fue a comprar más cigarrillos.

- Nosotras trajimos, si quieren.
–No... pero ella fue a buscar para vender.
–Ah... ¿y qué marca venden?
–Marlboro.
–... Un clásico.
–Sí.
–Nosotras fumamos Oxi Bitué.
–Ahá. Pensé que ya no se fabricaban más.
–No, todavía existen.
–Ahí viene Márion.
–¿Marión le decís?
–Sí, pero con acento en la a, no Marión.
–Hola chicas –dice Márion.
–Hola –decimos las dos.

Márion tiene puesta una polera verde, del color de sus hermosos ojos. Sus pestañas están más largas que al mediodía porque se puso rímel. En la noche usa sus pupilas dilatadas para ver más. Un milagro hace que me salude a mí primera y que me pregunte mi nombre.

–Hola ¿Vos sos...?

–Soledad. Y vos sos Mariana.

–Sí. No nos conocíamos. Bah... nos conocíamos pero sin nombres.

–Sí.

–Hola Mariela, ¿cómo estás? ¿qué hicieron por la tarde?

–Yo surfeé hasta que se hizo de noche pero en la playa Catanga.

–¡Eh...! Esa es re peligrosa por las piedras que hay. Tené cuidado. Muchos chicos se quebraron los huesos, porque las mejores olas rompen en las piedras.

–Sí, es una tentación, pero a mí no me entusiasma. Lo que pasa es que muchos chicos se tiran al agua de merca, entonces... ¿viste?, hacen cualquiera.

–¿Sabes que anoche soñé que inhalaba cocaína rosada?
–comento yo.
–¿?
–¿En serio? –dice Marie–, no me lo habías contado.
–Sí, estaba increíble. Rosada, del mismo color que unas pastillas que toma mi hermana, Neuril, o algo así.
–¿Y qué efecto hacían?
–Era como acabar por la nariz y por el culo.
–¿Qué? ¿Por dónde?
–Por la nariz y por el culo. Creo que yo era un hombre.
–¡Qué raro!
–No mentira... era como acabar común. Era re lindo, como hacerme la paja.

–Hace tanto que no me la hago... –dijo Sol.

Ese es el momento en el que Mariela tiene que definir su interés por Sol, así yo me quedo con Mariana. Le hago una seña pateándole el pie, y ella me la responde más fuerte. Mariela se está haciendo la sota. No quiere hacerse cargo de que la mía es Mariana y la de ella Sol. Aparte, en el momento que decidimos cuál era para cada una, ella fue la que eligió a Sol. Así lo habíamos pactado y ella tendría que hacerse cargo.

Terminan de vender las últimas bolsas de leña que les quedan, los últimos puchos, las últimas cervezas y cierran el local con unas placas de madera y cadenas con candados. Nos cuentan que jamás les robaron, y las cuatro tocamos madera con una mano y la teta izquierda con la otra. Sol tiene una camionetita Fiat. Adelante se sientan Sol y Mariela y atrás, entre los panes de pancho, Mariana y yo. Igual hay una rejita a través de la cual nos podemos comunicar entre las cuatro. Sol pone la radio y nos cuenta que un amigo de ella es el conductor del programa “Radio 1000”. Están pasando mi tema preferido de Los Cadillacs, ese que habla algo de que a un chico le sienta bien ser cool y que también le sienta bien

mentir y decir no sé qué otras cosas. A Sol también le encanta ese tema porque lo pone re fuerte. Las cuatro cantamos lo que podemos, hasta donde nos da la voz y la memoria. Después de ese tema ponen “Lláname, lláname, si me necesitas...”, que no sé de quién es, y después “Give it away”, de los Red Hot. El conductor se lo dedica a las chicas: “...para el sol de la playa brava y para los ojos más verdes de La Gaviota. En ese momento explotamos en gritos llenos de euforia descontrolada. Sacudimos nuestros cuerpos encorvados por lo pequeña que era la camioneta. Las chicas abren las ventanillas de adelante y nosotras las puertitas de atrás hasta que se nos caen unos panes en la ruta de tierra y tenemos que cerrarlas.

Como si nos hubiésemos teletransportado llegamos a la playa de estacionamiento del Casino. Un hombre con guantes blancos les abre la puerta a las chicas y ellas nos la abren a nosotras. Entramos las cuatro llenas de alegría como si fuésemos parte de la secta de la sonrisa y del amor.

–Documentos por favor.

–Sí, aquí tiene –dijo Sol.

–¿Y las señoritas...?

Todas sacamos lo que tenemos. Yo tengo la credencial del Blockbuster que, ¡increíble!, funciona. Eso es lo bueno de la globalización. Todos los países tienen su Blockbuster. Este es mi día de la suerte. Primero, que Márion me haya saludado. Segundo, que nos tocó viajar en la parte de atrás de la camioneta y pude mirarla tranquila porque estaba todo oscuro. Tercero, que pudimos entrar. Me esperaba cualquier cosa negativa en esa noche tan perfecta, sobre todo me acosaba la idea fija de que Marie, con lo seductora que es, se levantara a Mariana. Tampoco es que yo no tenga mis encantos. Soy rellenita, pero semi alta, el bronceado me queda genial y ¡soy un amor! En Buenos Aires me llevo re bien con mi familia y, si

todo va bien este año, me voy a vivir sola. Bah, con Mariela. Por otro lado me va bastante bien en la escuela y aparte lo del concurso.

Entramos con la pata derecha al Casino. Observamos todos los juegos, la ruleta, los de Naipes, las ruletitas máquinas, las de las frutitas y luego elegimos a qué jugar. ¡A las ruletitas máquina!, grito yo, que ya me ha pegado el vinito. Están todas llenas, así que tenemos que hacer cola. Las parejas no se definen. Por suerte no nos llevamos ninguna sorpresa del tipo “Sol es mi novia” por parte de Mariana o “Ah, sí. Mi novia está estudiando, o trabajando, en Montevideo”. Ruleta libre, ¡al ataque, club de mujeres independientes y divinas!

–Al cuatro, ¡al cuatro!

–No. Escúchenme –digo yo–. Hay que jugar a negro o rojo. A par o impar.

–Pero eso es un embole...

–No, es divertido. Así no perdemos y podemos jugar mucho tiempo.

–Bueno, pero sólo al principio.

–Porsupu... Dentro de un rato, ¡hacemos saltar la banca!

Jugamos como media hora, y ganamos seis fichas más de las que compramos jugando a rojo-negro, par-impar. Ahora nos arriesgamos a jugar plenos. Al 7 y perdemos. Jugamos al 11, al 33, al 8, al 9, al 17 y nada. Pero al final yo propongo jugar al 69 y todas se ríen (habíamos tomado unos cuantos Martinis) porque la ruleta sólo llega al 39. Entonces propongo el 15, que es 6 más 9. La bolita virtual gira y gira hasta que mágicamente se detiene en el 15. ¡Ganamos! y la máquina nos da 58 pesos uruguayos, que son como 36 argentinos. Nos abrazamos entre todas gritando eo eo y yo aprovecho para excederme un poco con Márion y tocarle la cola. Ella, como si nada, me devuelve el abrazo tocándome la concha. ¡Fire, fuego! Mi locomotora imaginativa vislumbra

una casa en el campo con la imagen de Márion mucho mayor cebándome mate. Todo me sale bien, a mí... que siempre me creo signada por la mala suerte. Mi ex novio se mató en un accidente de auto mientras me iba a buscar para reconciliarse conmigo. Nos habíamos peleado porque le dije que estaba enamorada y que había curtido con la chica que limpiaba en la escuela. Hoy todo se me presenta en bandeja, pero no quiero entusiasmarme demasiado. Una vez mi madre me dijo: "¿No estarás demasiado feliz?", y automáticamente me di cuenta de que todo no era tan perfecto como a mí me parecía y me deprimí mucho. Esa frase era como ver pasar a un carro fúnebre y no tener madera con patas que tocar.

Decidimos salir del Casino e ir a tomar algo con la plata que habíamos ganado. Pido otro Martini, las uruguayas piden gin con limón y helado, y Marie Coca light, porque se tiene que cuidar para lo del campeonato. En el bar ponen el tema Chiquitita. No puedo ocultar mi tristeza y me largo a llorar. En el fondo soy una persona sensible para el lado del llanto, a pesar de que me esfuerce por disfrutar de la vida. ¿Por qué ese tema puede descompensarme tanto? Tal vez porque ya no soy chiquitita y porque habla de que las penas van y vienen y que desaparecen, y que el baile te hace feliz y que con mucha razón las estrellas brillan allá en lo alto. Dice que brillan por la chiquitita pero yo sé que no es verdad, que brillan por sí mismas. Aparte ¿de qué sirve que brillen por una si están tan lejos? Esa canción me da la sensación de que las estrellas son la representación de la felicidad y que la felicidad está muy lejos, allá en lo alto. Me pone triste pensar en lo lejos que queda Saturno y saber que en Saturno suceden cosas que ni siquiera me puedo imaginar. Jamás conoceré Saturno y ese es el gran drama de mi vida. Aparte me pega mucho, mal, eso que dice de la alegría chiquitita.

Mariana me pregunta qué me pasa, y le cuento todo eso,

y me abraza, y Sol también me abraza y Mariela también.

No puedo soportar la pena que sienten todas por mí, así que salgo caminando rápido para el baño. No doy más. Necesito inhalar algo. Tal vez oler una flor. El perfume de las plantas me calma. La señora que cuida el toilette tiene un ramito de fresias. Le pido permiso para olerlas y me dice que sí. Hay algunas amarillas y otras que van del bermellón al amarillo. Sus pétalos son como alas de mariposa. Tienen como venitas de savia, pistilos blancos como cables y diez capullitos por nacer. Las flores me consuelan. Les agradezco y me voy a hacer pis.

Hago mucho, mucho, mucho pis. Salpico todo, desde la tapa del inodoro hasta a mí misma. Me sale casi en forma de vapor, así que no me preocupa haberme mojado un poquito el pantalón y la bombacha, porque se va a secar. Descargo toda la tristeza que tengo encima. Pero vuelvo a largarme a llorar cuando me miro en el espejo del tocador y veo que soy horrible. Una mujer simple con nada de onda. Deseo cortarme las venas con un pedazo del espejo, el cual fantaseo romper. El tema de chiquitita me volvía una y otra vez a la cabeza. Susurro ¿por qué lloro aún? Le pido a mi ángel de la guarda, que se llama Laura, que me explique la razón de mi desconsuelo. Ella me dice “todo es muy inmenso”, y agrega: “Estás asustada. Yo te cuido. Poné garra y no seas tan dramática”. Vuelvo al salón. Las chicas ya se terminaron la cerveza y me preguntan si quiero otra, digo que sí. “¿Pilsen Continental, la más rica del mundo?”, pregunta el mozo. Nos la trae con una ración más de maníes y nos la tomamos a fondo blanco. Pedimos otra más y no nos traen maní. Igual ninguna quiere más. Ya medio borrachas decidimos ir a agitar nuestros cuerpos y mover un poco el alma en la disco. Dejamos 6 pesos uruguayos de propina y salimos derecho para la discoteca. Las chicas se ríen de la situación del tema

Chiquitita. Yo no hago comentarios porque para mí es muy serio (minutos antes pude haberme suicidado). Mariana se da vuelta y me dice que se me ve muy seria. Yo le digo que aún me siento un poco acongojada. Ella se me acerca y me besa con lengua y con emoción. Mujer con mujer, esa sensación de suavidad y complicidad infinita. La beso con todo mi corazón, como si fuese el amor de mi vida. Seguimos caminando por la vereda de la avenida principal. Mariela se hace la que no ve nada. Yo no digo nada, hago como si nada. Congelo mis sentimientos para no ilusionarme y para no darme cuenta de que Mariela está un poco perturbada. Esta es la primera vez desde que nos conocemos que ella me ve besar a otra mujer que no es ella. Algo profundo hay entre nosotras que no sé qué es. Mariela es súper súper buena, pero no puedo gustar de ella. No, no puedo.

En la discoteca, el que pasa música saluda a las chicas y ellas lo saludan. Se meten en su cabina que está construida con troncos y hojas de palmera. Mariela va al baño. Para mí algo se quiebra entre las dos, como si hubiésemos sido una pareja. Ella debe presentir que lo de Márion y yo va en serio, pero es una apreciación un poco apresurada. Una frase de mi madre se me viene a la cabeza y es la culpable de mi eventual desilusión: “La felicidad es un barquito de papel que al ponerlo en el agua se deshace”. “Barquito, barquito” comienzo a gritar. Unos chicos se dan vuelta y me miran extrañados. “No me pasa nada”, les digo y hago la que tararea una canción: “Barquito, barquito, barquito...”

Cuando Mariela vuelve nos reencontramos en el centro mismo de la pista, que está marcado por una estrella roja sobre el fondo negro. Muy revolucionaria. Ya me habían contado que era un lugar muy especial. Nos ponemos a bailar la seguidilla de hits de los '80 con la que el DJ intenta hacernos llorar. Mariela poco a poco se empieza a dar cuenta

de que Sol está con ella, y de a poco responde a su llamado. Sol viste calzas grises, sucias y semi holgadas de algodón que apenas recubren sus zapatillas imitación Adidas negras. Atado a la cintura un buzo Le Coq Sportif. A ella se le mueve el cabello esculpido por la tierra, la arena y los diminutos caracolitos que se juntan entre las rocas como si fuese una campana. Su cabellera parece una gran ola. Mariela no puede resistir la tentación de mirarle el pelo incisivamente. Los rulos forman tubos y Mariela intenta meter su nariz en lo profundo de los caños. Luego la toma de la mano y se la lleva a un costado de la pista para besarla tranquilamente. Hay algo de Sol que a ella le atrae, que la une. Algo profundo, vivo, humano. Algo incontrolable que se está despertando. A Mariela no le importa nada de lo que diga la gente. Algunos pasan cerquita de ellas y les dicen cosas del tipo “le falta crema a esa torta”. Pero Sol se siente segura junto a Marie así que ni miran a los retardados que las intentan provocar. O tal vez sólo intentan gritarles obscenidades para hacerse la paja. La sexualidad es algo muy complejo. Pero... cuando el amor se manifiesta todo es sutil, casi transparente. Yo me pongo un poco celosa porque me parece que lo de Marie y Sol va en serio. Descubro en ese momento que ya es hora de buscar a la mujer que me complemente, con la que pueda compartir los pequeños momentos cotidianos. “Yo también quiero”, pienso. Alguien que sepa arrebatarme en el torbellino del amor. A pesar de que no me cuesta enamorarme, sí me cuesta formalizar con una chica y besarla en público. Nunca existe el lugar lo suficientemente oscuro como para besar a una mujer.

Por la tarde habíamos hablado de que en Inglaterra está por nacer el primer bebé clonado que sería una especie de solución para tener hijos. Yo, llevar en mi vientre el calco de mi novia. Con Mariana bailamos un montón, nos conocemos bastante. Pero nuestra mayor cercanía consiste en susurrarnos

al oído “a este lo conozco” o “no lo puedo creer ¿te acordás?”. Las dos tenemos casi la misma edad. Yo soy dos años y medio más grande pero ella parece mucho mayor, por su musculatura y por su expresión de vieja zorra torta. Su rostro está curtido por el viento de playa, su tez tatuada en marrón por el sol y sus piernas súper desarrolladas por años de jockey.

Les contaré algo acerca de ella. Jugó en la primera de Uruguay y llegó a participar en el campeonato polideportivo del Mercosur. Su equipo salió quinto entre 15 equipos. Ella era la capitana y tuvo que dejar el jockey porque la echaron cuando le dio positivo el control antidoping y además le partió su Karachi profesional al presidente de la Asociación “No a las drogas, sí a la conciencia”. Ella aceptó frente a la corte del deporte que se había drogado un poquito, pero defendió su postura a pesar de que por ello la expulsaran y la discriminaran. Luego de quedar afuera del mundo de los palos y las bochas, fundó dos asociaciones. Una que se llama “Un poco de droga no le hace mal a nadie” (UPDDNLHMAN) y “Solas en el arco” (SEEA), que se dedica a defender a chicas acusadas de acosar a otras chicas durante los terceros tiempos y en los baños. Actualmente ella sólo figura como presidenta pero no va más a las marchas ni a los piquetes porque ya no quiere tener problemas con la televisión y con los medios en general.

A medida que el sol va dejando aparecer sus lacios rayos en el horizonte yo voy entusiasmándome más y más con Mariana. La invito a la playa a terminar de tomar la última cerveza y ella acepta. Sus historias me parecen producto de un ser superior. Todo lo que me cuenta es mágico y vivo. Siento que estoy con la chica más audaz del planeta. Cada palabra que ella dice aumenta más y más mi emoción y mi calentura. Calentura del corazón. De repente no puedo contener mi impulso de arrojarme a sus brazos para ser amada y protegida,

y la beso. Ella responde al llamado de mis labios. Nos unimos en un abrazo que se transforma en milanesas de pasión. Ella me arranca la remera y me baja los pantalones para besarme toda. Yo tengo que gemir muy bajito para que no me escuche el pescador noctámbulo que está sentado, tal vez dormido, en la cima de una roca. Yo no tengo nada para hacer porque ella avanza como un maremoto de las costas del Japón. De repente intento acercar mis manos a sus tetas para acariciárselas y hacerles saltar los pezones, pero ella no me deja. Me agarra de las dos manos llevándomelas hacia atrás y me besa el cuello hasta tatuarme una frutilla que a la mañana siguiente será mi gran premio. Desciende con su lengua a través de mi esternón, pasa lentamente por mi ombligo haciendo espirales y me chupa la concha hasta que acabo. Acabo y suspiro. Y soy feliz. Una vez que ha salido el sol el hechizo comienza a desvanecerse, a ser desmantelado por las familias que comienzan a acercarse a jugar a la playa.

–Te acompaño hasta tu casa –me dice.

–Bueno, podemos ir a desayunar si querés. Yo te invito.

–Estoy un poco cansada y bastante borracha. Creo que no me pasa nada más por el estómago. Estaría bueno, pero hoy no puedo... ¿no te enojás?

–No, nada que ver. Aparte mañana, es decir hoy, comienza el campeonato ¿A qué hora entrarás a trabajar?

–Por suerte entro a las 15:00 porque a pesar de que irá muchísima gente, hoy llega una amiga mía de Montevideo que es re pata para ayudarnos en la barra. Así que tendré tiempo para recuperarme un poco...

–Yo puedo dormir hasta cualquier hora pero no sé si podré conciliar el sueño. Tal vez me tome una pastilla. ¿Necesitás una?

–No, la verdad es que me quedo dormida parada.

–Qué suerte tenés. A mí el sol me mata.

Llegamos a mi casa y ella me besa pero sin la misma intensidad con que me había besado unos minutos atrás. Tal vez el motivo de esa lejanía esté relacionado con la llegada de su “amiga pata” de la capital.

Cruzo la puerta de mi casa y mientras con una mano me bajo la bombacha para hacer pis, con la otra me clavo tres Rivotril. Me tapo los ojos con una vincha negra de lycra y así puedo dormirme.

Tuve varias pesadillas. Mi dormida es en capítulos. El primero es el del fracaso. Sueño que la chica que llega es la novia de Mariana. El segundo sueño se trata de que cuando yo voy al campeonato, que ese día comienza a las tres de la tarde, la chica pata no es la novia de Mariana, pero se meten a las siete de la tarde de novias. Son horribles los sueños. Al despertarme lo primero que hago es ir al baño a mirarme el cuello, para saber si en realidad lo único que había sido un sueño era mi noche de sexo con Mariana. El espejo me muestra mi frutillini redondita en la yugular. Ahora me falta descubrir si lo de la amiga pata también fue sólo un sueño.

Me baño para sentirme más linda. Me seco el pelo. Me pongo rímel indeleble. Me pongo la malla azul, arriba un vestidito color crema a la rodilla y me voy a la playa. Mariela se había acostado temprano junto con Sol. Cuando llegué yo aún estaban dormidas. ¡Qué linda pareja que hacen! Pero si Mariana no me llega a dar bola hoy, dejo de quererlas automáticamente, no por maldad sino porque no soportaría la pena que ellas sentirían por mí.

Al llegar a la playa Mariela ya está en el agua. Sol y la amiga de Márion están re contentas vendiendo bebidas a cuatro manos. Mariana no ha llegado aún. Son las tres y media. Seguro que se quedó dormida. Las otras surfistas no son ni un cuarto de lindas de lo que es mi Marie. Por eso ninguna me gusta. Sol la mira con ojos de perdidamente

enamorada. Y habla con la re pata, seguramente de que su nueva novia (mi Marie) es una genia. Yo me acuesto en la arena lo suficientemente cerca de la barra como para que Márion pueda acercarse a saludarme y lo suficientemente lejos del bar para poder llorar tranquila si Márion saluda con un beso en la boca a la estúpida de su amiga de la ciudad más horrible del mundo.

De repente la veo aparecer y me quedo sin aliento. Mi corazón comienza a latir a 500 km por hora. Viene vestida con un pantalón bahiano blanco y bordeaux, y arriba una musculosa hermosa con una palmera en la teta izquierda. Se saludan con un formal beso en la mejilla. Yo me hago la dormida pero en realidad las espío a través de mi bolso Sónar estratégicamente ubicado. Me tapé la cara con un buzo que me llevé porque en la playa refresca mucho por la tarde. Al ratito le pregunto a un grupo de chicos que estaban desde antes que yo llegara cómo va el campeonato y me dicen que la Nro. 10 va primera y que la 12 (Mariela) va segunda. Pero que igual falta la prueba final en las rocas.

–¿Cómo en las rocas? –digo yo.

–Parece que es una nueva prueba.

–Pero en las rocas es un horror. Podrían llegar a matarse.

–Sí... igual parece que quieren levantar un poco el nivel del campeonato.

A Mariela le toca primera y ya se encuentra preparada para la gran hazaña. Están todos los canales de televisión atentos. Canal trece de Argentina, canal seis de Uruguay, la CNN, el canal brasilero Onda do Globo y varios canales de cable que no conozco. Todos transmitiendo en vivo y en directo. Yo creo que ella no es conciente de lo que va a hacer. Viene una buena ola pero no llega a agarrarla. Eso significa que le descontarán un punto a su performance. Luego parece

que se va a armar otra buena ola pero se le desvanece antes de llegar. Hay un tiburón a unos pocos metros y los del jurado dicen que siga, que es una tonina porque nada como un delfín. Los chicos que están a mi lado comentan en voz baja que la última tonina que vieron le comió un brazo a un pescador. De repente se empieza a armar una ola desde lejos y Mariela está lista para correrla. Yo lo sé porque lo distingo en su cara de concentración. Llega y comienza a dar brazadas hasta que consigue montarse y se para sobre su tabla rosa bebé. Las chicas en el bar dejan de vender. El mar deja de hacer ruido. Toda la playa tiene sus ojos puestos en mi campeona. Ella pasa por el medio de las olas esquivando algunas piedras que se salen desprolijas. Aún le queda la prueba final que es saltar la gran roca que la conducirá directo a la arena. Salta y lo logra. Cae parada y eso significa doce puntos extras. Toda la playa la aplaude y grita llena de euforia. La competidora Nro. 10 dice que es una prueba terrible, que se va a quejar a la Asociación Internacional de Surfistas (AIDS), pero no sabe que es la misma Asociación la que diseñó la prueba para captar la atención de los grandes sponsors (Coca Cola, CNN, American Airlines). Ella renuncia y huye corriendo gritándole cosas terribles a los jueces. Las otras competidoras también se retiran. Sólo la Nro. 15 se atreve a desafiar a Mariela pero al intentarlo casi se mata. Los médicos la recogen con una camilla flotante y se la llevan al hospital toda ensangrentada.

Mariela es la ganadora. La Nro. 1. Se acerca la hora de la entrega de premios y sólo quedan los del jurado y algunos fans que se hizo Marie en ese momento y que no paran de pedirle autógrafos. Se sube al podio y le entregan una copa que es una tabla de surf dorada. Ella nos la dedica a mí y a Sol. Sol sale corriendo para abrazarla... así es el amor. Ella la conoce desde hace un día y se siente con derecho a besarla

primero. Yo me acerco también pero con más distancia, ya que sé que dejé de ser la única mujer de su vida. Nos abrazamos amistosamente como siempre y ella me susurra, “gracias por estar conmigo”. Igual yo sé que esta noche Sol y Mariela dormirán juntas, abrazadas a la gran copa-tabla.

Mala pata

Por la noche decidimos ir a festejar las cinco juntas al restaurant preferido de Mariana “La Gran Brótola”, al parecer es también el preferido por los actores argentinos que veranean en La Gaviota. Se dice que cocinan el mejor pescado del mundo. Pedimos tres botellas del mejor champagne y brindamos todas juntas mirándonos a los ojos. Mariana me da una mirada poco especial y yo me doy cuenta de que está fijándose en la frutilla que me dejó marcada la noche anterior. Su mirada no dice nada, por la formalidad del brindis y porque si no te mirás a los ojos es yeta. El nombre de la pata es Rosario pero para mí sigue y seguirá siendo Mala Pata. Charlan entre todas y Mala Pata cuenta su pasado de drogadicta. Tomaba cocaína, fumaba porro y se levantaba el ánimo con antidepresivos. Ahora forma parte de una asociación antidroga llamada “No te metas con las drogas que luego no vas a poder salir”, y vende por la playa las artesanías que hacen en el internado. Bolsitas de macramé hechas con hilos brillantes para colocar los paquetes de Marlboro Box de veinte o dieciséis, y cinturones horribles de hilo rústico con hebillas de bronce. Ella había sido la novia de Mariana, pero no pudieron seguir por varias razones. Una, porque Mariana estaba agotada de que Mala Pata fuera tan “drogona” (dicho así por la misma Mariana) y de que llegara ida por las noches a su

casa después de salir con sus amigotes. Y la otra porque Mariana pertenecía a UPDDNLHMAN. Sol y Mariela están viviendo su historia de amor aparte, sin parar de besarse y decirse cosas maravillosas como “Estaremos juntas para siempre”, “Me vengo a vivir con vos así de paso puedo practicar surf”. Y las otras dos no dejan de hablar del pasado. Yo intento participar de las conversaciones pero nadie tiene oídos para escucharme. Pruebo decir cualquier cosa y les da absolutamente lo mismo. Levanto la voz y nada. “Permiiiiiso... voy al baño”, digo y ni se dan vuelta. En ese momento caigo de repente en que Mariana esta intentando reconciliarse con la descerebrada de Mala Pata. Pero, ¿tenía que ser justo en este momento? ¿Tenía que ser el mismo día que habíamos curtido? ¿Qué significaba yo para ella? ¿Por qué no me dijo que yo no le gustaba lo suficiente como para empezar una relación más profunda? ¿Me había besado de lástima? Llego al baño y mirándome al espejo pienso: “Si no soy tan fea, ¿por qué no gusta de mí?” Me meto en el W.C. y me siento en la tapa. Está toda sucia pero no me importa. No tengo ánimos de cuidarme. Siento que tengo la presión por el piso. Apoyo mis codos en las rodillas y me tapo la cara con las manos. Intento levantarme el ánimo haciéndome la paja pero no puedo. La maldita cara de Mala P. es una imagen desagradable e incontrolable que me distrae. Me quedo un ratito meditando y me digo: “Me voy, si total no hay espacio para mí en esta velada”.

Cabo del Lobo

Me subo al lavamanos y rompiendo el vidrio con el codo me escapo por la ventana. Mi destino es huir sea como sea de esa pesadilla. El codo se me lastima apenas y me

siento mejor. Mi destino es ir a refugiarme a otra playa, relajarme en la contemplación del mar para poder llorar tranquila, hasta que mi corazón se cure. Tengo los ojos tan inflamados después de un día de contener tantas lágrimas que estoy fea, horrible. Peor que siempre. Los párpados parecen dos bolsas de nieve. De esta manera pienso que no correré el peligro en la ruta de que me intenten violar mientras espero a alguien que me lleve. Me paro a la vera del camino y comienzo a balancear el dedo. Frena un auto deportivo y un hombre balbucea intenciones sucias, pero cuando se acerca para verme mejor asomándose por la ventana del asiento que está vacío, cierra la puerta y arranca a toda velocidad. Después de una hora y media más o menos frena un súper camión, de esos que llevan mil luces de colores y que cuando se detienen hacen fffffzzzzz...

-¿Para dónde vas bombón?

-Voy para Cabo del Lobo.

-¿A esta hora?

-Sí, me gusta viajar de noche porque hay menos tránsito.

-Yo te puedo alcanzar si querés, voy para el Chuy.

-Bueno... ¿me abriría la puerta por favor que es muy pesada?

-Cómo no. Discúlpeme princesa.

-Gracias -le dije mientras cerraba la puerta.

-Parece que estuviste llorando.

-Sí, un poco.

-Pero tenés los ojos muy hinchados. Tomá un pañuelo.

-Gracias.

-¿Cómo te llamás?

-Soledad, ¿y vos?

-Fabiana.

-Qué lindo nombre. Siempre pensé que cuando tuviera una

hija la llamaría Fabiana y si fuera un nene, Fabián. Cuando era chica tenía una amiga que se llamaba Fabiana, y era tan buena...

-Gracias. ¿Eso fue un piropo?

-Sí y no.

-Bueno, pensaré que sí. Soledad... es un nombre un poquito triste para una chica tan linda. ¿Te puedo decir Sol?

-No, Sol no. Preferiría que me digas Sole.

-Sole... Sole mío.

Fabiana, la camionera, tiene aproximadamente unos 42 años y es muy grandota. Si Mariana tiene músculos, Fabiana es la campeona mundial. En Buenos Aires con mis amigas lesbianas siempre charlamos de lo mismo. Ellas me dicen que lo que les gusta de las chicas es que sean bien chicas, femeninas. Yo en cambio siempre busco la protección de un gran cuerpo que pueda contenerme. Fabiana es morocha, usa el pelo corto a lo K. D. Lang y se le escapan una cuantas canas que me encanta que no quiera ocultar. Usa camisa escocesa roja, azul y blanca. Jeans anchos Levi's gastados en la zona de la entrepierna de tanto poner el embriague y el acelerador.

Como tiene agua caliente en el termo nos ponemos a tomar mate y a charlar. Me pregunta qué hago a esas horas de la noche sola en la ruta. Yo le digo que me escapé de una fiesta porque no soportaba la música y que como era una mujer muy libre decidí irme. No sé si me cree pero no me vuelve a hablar del asunto. Cada diez palabras comunes ella tiene una palabra súper dulce para decirme. Bombón, princesa, dulce, cachorrita, gatita, bebé.

-¿Manejás hace mucho camiones?

-Y... hace unos diez años.

-Y... ¿te discriminan por ser mujer? Es decir... viste... todo el tema de los baños, etc.

-La verdad prince es que no. Todo bien con los muchachos.

-Y, ¿a dónde vas?

-Hago viajes por lo general de Chile a Brasil. Paso por Argentina a la altura de Entre Ríos y por Uruguay. Pero ahora estoy trabajando para una compañía uruguaya y voy de Montevideo a Pelotas, pasando por el Chuy. Transporte de todo: colchones, mantas bahianas, remeras Hering, ositos de peluche y comidas no perecederas. Tipo latas de conservas, castañas de cajú, etc.

-¿Querés castañas?

-Bueno... ¿y qué opinás de los piquetes?

-Yo estoy a favor. Siempre encuentro una nueva ruta para tomar o si no espero. A veces conozco a alguien interesante y me pongo a charlar.

-Yo una vez hice un piquete con los chicos de la escuela polimodal. Yo estudio Bellas Artes y el año pasado entré seleccionada en un concurso... en fin. Te contaba lo del piquete. Reclamábamos que a nuestros profesores les devolvieran la plata que les habían sacado. Yo salí en la tele corriendo mientras la policía nos tiraba una bomba de gas lacrimógeno. En esa época nos llevaron a todos presos. Pero como mis padres por suerte me apoyaban me fueron a buscar.

Nos quedamos las dos en silencio. Es muy bello viajar en camión. Ver todo desde tan alto. Pasar los autos como si fuesen cochecitos de juguete. ¿Ya dije que Fabiana tenía los ojos más celestes que el cielo y más profundos que el mar?

-Faltan quince minutos para llegar a la entrada de Cabo del Lobo. A esta hora no hay jeeps que entren al pueblo. Empiezan a entrar a las 9 de la mañana. Sólo hay una chica que te lleva a caballo por los médanos, pero sale recién a las 7.

-¿Qué hora es?

-Son las cuatro y media y me da miedo dejarte en la ruta a esta hora.

-No, todo bien... soy muy libre.

-No. Es peligroso. Yo me puedo quedar haciéndote compañía hasta las cinco y media nada más, porque tengo que cumplir horarios. Otra posibilidad es, si querés, podés venir conmigo hasta Pelotas y mañana volvemos y te dejo más temprano para que no tengas que esperar.

-No. Creo que necesito pensar. Reconciliarme con la vida. Me va a hacer bien...

-Bueno, como quieras.

Frenamos en la banquina y ponemos más agua a calentar. Ella tiene como una mini casa en el camión. Una habitación y una cocinita. Lo que es su cuarto está decorado con fotos de chicas, una de Kate Moss, otra de Uma Thurman y algunas más provocadoras de Edad Legal, una revista porno de chicas adolescentes. Es como su templo del lesbianismo explícito. Yo lo espío mientras ella hace pis entre los pastos. Después voy yo a hacer pis y no me oculto demasiado, apenas detrás de unas totoras, y creo que ella me está mirando. A pesar de que su cabina está iluminada con un tubo color rosa puedo distinguir sus ojazos de lechuza mirándome. Yo me hago la linda apuntando con mi culito al cielo, provocando una meada perfecta, recta, pareja, y poniendo cara de romántica, haciéndome la que miro las estrellas. Soy una seductora, lo admito.

Charlamos, charlamos y creo que le caigo re simpática. Se hacen las seis menos cuarto y me dice que se tiene que ir.

-Mirá Sole, yo me tengo que ir... pero antes te tengo que confesar algo. A mí me caben las chicas y vos me gustás mucho. No sé... casi no te conozco pero sos muy dulce y linda...y me gustaría volverte a ver.

-A mí también me gustan las chicas.

-Buenísimo...yo paso hoy por la tarde a eso de las 18:00. Y mañana también. Esos son mis horarios. Si querés buscarme nos volvemos a encontrar en la ruta. Lo dejo en

tus manos. Yo te voy a traer un perfume del free shop y unas rosas y me encantaría invitarte a cenar ostras.

–Bueno... no sé que decir. Hace tiempo que nadie me trata así...y parece que todo se me da.

–Nada. No digas nada... pensalo o simplemente dejate llevar por el deseo.

Y me besa. Me besa con un beso corto que me deja con ganas de más. Me bajo del camión y la veo alejarse en su inmenso Mercedes Benz.

La soledad no es la mejor cura para olvidar

Nuevamente sola. La ruta me provoca una sensación de soledad y libertad incontable. Está vacía como si fuera una pista de aviones. Un aeropuerto cerrado por huelga. Salto una tranquera que está cerrada con un gran candado y sigo el camino de tierra aplastada por los jeeps hasta llegar a un galpón abandonado lleno de ruedas y pedazos de vehículos. Luego sigo por otro camino más finito y éste me lleva a un granero bastante pobre, pintado de nada y con los postigos de las ventanas caídos. Espío por un agujerito en la madera y veo tirada entre la alfalfa a una hermosa mujer semi-desnuda que parece la estatua de una amazona, rodeada de caballos que expiran por la nariz haciendo brrrrr pru pru. Esta debe ser la chica a la que tengo que buscar. A la que Fabiana me había recomendado para que me llevara a Cabo del Lobo a caballo. La miro durante un rato para ver si se mueve y se destapa un poco más. Como no da señales de despertarse decido despertarla con un beso. No sé por qué se me ocurrió algo tan osado. No es mi estilo ir para adelante pero... la verdad es que... en ese lugar tan recóndito donde nadie me conoce me puedo rajar a

cualquier lado cuando se me dé la gana y sin que casi nadie se de cuenta. Libertad total. También como antenoche fumé por primera vez marihuana hoy me siento un poco loca. Y aparte que el beso de Fabiana me dejó bastante conmocionada.

Ella abre los ojos instantáneamente. Y me pregunta:

–¿Quién sos?

–Soy un hada –le contesto.

–¿A quién buscás?

–A la mujer que me lleve a Cabo del Lobo a caballo.

–Esa soy yo. Pero... ¿por qué me diste un beso?

–Ya te lo dije. Porque soy un hada. ¿No ves que estoy cubierta de tules de perfume?

–No. Lo siento.

–Olé –y le acerco mi cuello cerca de sus labios.

–No, no lo siento.

–¿Cómo que no? Me puse medio frasco.

–Tal vez sea el olor de los caballos que me confunde.

–Es un Kenzo primaveral.

–Yo estoy muy aislada, no conozco nada de marcas. Las únicas que conozco son las de yerba mate y de dulce de leche.

–¿Cómo te llamás?

–Eh... qué rápida que sos.

–Sólo quiero saber cómo llamarte... ¿eso es ser rápida?

–Todo empieza con el nombre...

–¡Qué arisca que sos!

–Soy natural, digo lo que siento.

–Yo digo lo que se me ocurre ¿Vos creés que eso es otra manera de naturalidad?

–No sé. Tal vez. A esta hora no puedo pensar mucho y más si te me ponés tan cerca.

–¿Cerca? Esto no es nada, podríamos estarlo aún más.

-¿Quieres hacerlo ahora?

-Estoy flotando. Quiero dejarme llevar por la vida, por las pequeñas oportunidades que se me presentan. Tu caballeriza es muy inspiradora y vos sos una loba.

-Bueno... tendría que ensillar los caballos para mi travesía de las ocho, pero... por otro lado...vos ahí parada... esperando que te haga el amor...

Yo soy otra. Irreconocible. Esta capacidad de poder dominar la situación me vuelve loca. Me quiero comer todo el aire que los animales exhalan. Pienso en la cara que pondría mi mamá al verme así, una ganadora dispuesta a todo.

Estoy lista y por suerte ella se me acerca despacio. Se arrastra por el piso sucio como un reptil hasta mis pies. Me besa y lame las zapatillas. Con su lengua me chupa el logo de Adidas. Luego asciende mordándome el jean Bachino. Pasa como si nada por ahí y sigue mordándome cada vez con mayor fuerza. ¿Es una perra? Y no puedo evitar gemir ahhh ahhh. Mi psicólogo me dijo una vez... no, no importa lo que él me haya dicho. Este no es un momento para reflexionar sino para sentir, gozar. Por suerte siempre hago lo contrario de lo que él me dice, a pesar de que cada vez esté peor. Nunca comprendo cuando él me habla de retrasar los deseos, sobre todo los de tipo sexual.

Yo estoy ansiosa por la llegada de su lengua a mis pezones. Esta espera me parece casi eterna. Pero de repente, luego de desviarse hacia mis axilas, me los chupa. Mi remera es súper transparente. Me la había puesto a propósito para seducir a Mariana, pero ella se lo perdió. Me tenía ahí pero me dejó pasar. Me la saca de un solo movimiento, con una agilidad apasionante y me chupa como si fuera un bebé. Nos tiramos por el piso que estaba súper sucio. Ella me dice que no me preocupe por la tierra, que los caballos hacen caca afuera, que es sólo polvo.

Nos movemos libres sobre el heno girando de un lado para el otro. Ella se pone encima mío y comanda. Frotamos nuestras entrepiernas semivestidas y acabamos las dos a la vez. Nunca me había pasado con anterioridad, siempre yo fingía para excitar más a las chicas, pero esta vez fue en serio. Ahh ahh, ahhhh decimos las dos juntas. Lo que me encanta de los gemidos es que son un lenguaje universal.

-¿Cómo te llamás? -le pregunté.

-Me dicen Rusa.

-¿Y por qué te dicen así?

-Porque mi papá es de origen Ruso.

-Ahh... -nos quedamos en silencio- ¿No me vas a preguntar mi nombre?

-¿Para qué si sé que te vas a ir hoy mismo?

-Ahora yo quiero decírtelo... ¡dale, preguntame!

-¿Cuál es tu nombre?

-Soledad.

-...

-¿No es lindo?

-Más o menos. Es un poco cheto.

-Pero nada que ver. Vivo en San Isidro pero no soy cheta. Y mis padres tampoco.

-No me interesan los nombres de las personas porque siempre desaparecen. Se van y el nombre es un ancla para que te ata a los recuerdos. Yo que trabajo con turistas... imaginate. Me siento sola todo el tiempo... pero por suerte que tengo a mis caballos.

Yo la beso con intensidad absolutamente conmovida por lo que me está diciendo. Ella siempre tiene razón. Los turistas somos despiadados. Yo que aún estoy con ella, ya tengo en mi mente la idea de reencontrarme con Fabiana ese mismo día o el siguiente para curtir con ella en su camión.

-¿Querés ir al Cabo?

–Sí, me gustaría... no conozco.

–Es lindo... acompañame a ensillar los caballos y te llevo gratis.

–Dale, pero no es necesario que no me cobres. Es tu trabajo.

–No te hagas problema, vos me ayudás, me hacés compañía y yo te llevo.

–Tengo que confesarte que nunca anduve a caballo. Me da mucho miedo que se paren en dos patas, me tiren al piso y que después me pateen la cabeza. A mí dame uno mansito, tonto y bajito, si tenés.

–Para vos tengo una especial que es albina. Se llama Bruma y no ve casi nada, por eso es mansa y dulce.

Ensilla seis caballos. Yo le paso retazos de cuero de oveja que ella luego ata a los lomos de los caballos con cintas de persiana. No les pone estribos para que la gente no los haga galopar y no se cansen. La travesía propone cruzar los médanos amarillos y también los verdes que tienen un poco de pasto. Los verdes son los que no se mueven y los amarillos se desplazan como reptiles de un lado para el otro. Tiene a todos los caballos listos, así que nos sentamos a tomar mate con bizcochos de grasa y a esperar a que lleguen los clientes. Charlamos del clima comentando lo divina que está la temperatura... el cielo celeste, la brisa suave y refrescante. Vienen para la cabalgata una familia de tres y más atrás un chico con pinta de alemán o algo así que habla re mal el castellano. Nos sube uno por uno a los caballos porque somos un grupo de ineptos, y cuando ella da la señal todos le damos una patadita a cada caballo para que arranquen. La Rusa va delante, como llevando la bandera. Los caballos la conocen y si nosotros no hiciésemos nada ellos igual la seguirían. Ella, la reina de la manada. Yo quedo última con el hijito de la familia de tres, que tiene

aproximadamente cinco años. Al principio marchamos al costado de la ruta de los jeeps y después cuando comienzan a aparecer los primeros médanos verdes nos metemos entre los pinos. El niño de cinco se aleja un poco de mí y se acerca más al grupo. Su madre lo llama con la mano. Yo quedo con Bruma varios metros atrás. La Rusa me dice que patee al animal pero a mí me da miedo de que la yegua se enoje, así que cada vez vamos más lento. Ella tiene que mantener al grupo unido y yo soy su problema. No es que con esto quiera decir que yo soy alguien especial. Pero no puedo avanzar. Mi yegua está en otro mundo, hace caca cada 20 metros, es un caballo inspirado que, con lo poco que ve, contempla. Sobre todo los sectores con sombra, las flores silvestres, las ramas caídas, las piñas que pisaba con sus herraduras, casi tacos.

–Dale fuerte, que sienta quién es el amo. Si no la golpeás no avanza.

–La golpeo pero es muy delicada y me da temor dañar su piel.

–Dale que es cuero, forrado de pelo. Es re fuerte.

Le doy con toda la fuerza con la que me animo y empieza a caminar. Le vuelvo a dar y la siento más contenta. Ella quería sentir la fuerza del amo. Como en el sadomasoquismo. El rey y el esclavo. Pero el papel de reina es diferente al de rey. Las reinas somos esclavas de los reyes y de lo social. La Rusa de vez en cuando me mira, como se miran los amantes prohibidos, de reajo. Si no hubiéramos tenido sexo seguro que me hubiera bajado y dejado a pie. Pero ella siente algo por mí. Yo quiero que se me acerque, un instante. Y con mi mente comienzo a llamarla “Diosa hermosa, potraza, morocha linda, mi amor... vení, haceme andar el caballo. Dios es genial... ¡y me la trae! Ella con su mano ruda y áspera me arranca una rama de un pino. La saca como si

fuera de caramelo, ese con el que decoran los helados en los restaurantes finos. Y yo, ¡qué puedo decirles! Esta rama es para mí. Es mi regalo. Es la vara mágica que me llevará a su lado. Yo la tomo con mis suaves manos protegidas con crema y juego a ser una amazona. La golpeo con fuerza porque es golpear a la naturaleza con la misma naturaleza. Madera y cuero. Y Bruma comienza a andar a un ritmo taca taca taca taca. La vuelvo a golpear y galopa como una diosa, con su cabellera larga y blanca al viento y llego al primer puesto que es el lugar donde se encuentra ella. Le pido a uno de los turistas que nos saquen unas fotos. Yo saludo, pongo cara de amor (se me escapa la cara de amor), río y por último grito, “¡Esto es genial!”. También yo tomo unas fotos. Sobre todo a ella que por el calor ha desanudado el pañuelo que le ceñía el cuello y ahora se esbozan las curvas de sus senos. También le saco fotos a los médanos y a los jeeps que nos saludan. Nosotros somos los típicos turistas que quieren vivir la experiencia de la rusticidad a full. De repente una línea ondulante azul nos sorprende y todos gritamos, “El mar!”.

¿La Rusa estará podrida de nosotros? Es decir, de que todos los turistas hagamos los mismos comentarios. ¿Con cuántas chicas habrá cogido? Yo lo hice con muchas pero con ninguna que cabalgara. En cambio ella... no sé, prefiero no pensar. Llegamos a la costa y todos nos ponemos a galopar porque la arena está durita y allí es más fácil. Cada golpe que le doy a mi potra rinde mucho más y voy re rápido. Pero por otro lado no quiero llegar. Eso es imposible de desear porque el contrato es así, llevarnos de un lugar a otro. Llegamos a unos palos que sirven para atar caballos que están atrás del pueblito, al lado de una pulpería y al costado del puesto a donde llegan los jeeps. Todos se bajan solos menos yo y el niño. Al de cinco lo baja su papá y a mí la Rusa. Yo me dejo caer como un helado derretido y rozo mis senos y mi cuerpo

con el suyo que es casi imperceptible por la cantidad de ropa que lleva puesta. Pero lo máximo de la caída es sentir la hebilla de bronce de su cinturón junto a mi sexo. Siento la brisa de un éxtasis ínfimo e íntimo pero absoluto. Ella ata los caballos y no me mira más. Yo me quedo en la pulpería pensando en una táctica para que no se me escape. Me tomo un litro de cerveza pura, fresca, inspirante y enciendo un cigarrillo cool, con onda. La miro. Al principio sutilmente pero luego la observo potentemente, forzada por el tiempo que se me escapa. Ella nada, como si la pulpería y yo fuésemos de humo o estuviésemos en otra dimensión. ¿Por qué ella me evita? ¿Tendrá una novia en Cabo del Lobo? No saluda a nadie y nadie la saluda. Le saca todos los trapos a los caballos guardándolos en un cuchitril y se marcha lentamente. Su silueta se desdibuja en los espejismos que crean los médanos. Lo último que veo es a una guerrera con diez banderas y su ejército de fieles beduinos vestidos con túnicas blancas.

No me saludó. No me miró. No me saludó, eso es lo mínimo que esperaba. Pero sé que si lo hubiera hecho habría esperado más. BUSCO AL AMOR DE MI VIDA, susurro mientras me como un maní. ¡Oh, por Dios! ¿Por qué el destino me aleja siempre de las personas que creo amar? ¿Será que ésta no era para mí? Yo me miento, yo lo sé... no es para mí. ¿De qué habiéramos hablado? ¿de caballos? ¿de turistas? Yo no sé si tengo mucho para decir, pero podríamos haber entablado una relación silenciosa. Ella me podría haber enseñado a cabalgar a su par. Me hubiera encantado haberla convencido de que pasemos unos momentos más de amor... Igual, por las dudas, le dejo a Mercedes, la dueña de la pulpería, una mini carta con mi mail y la dirección del hostel, por si la Rusa llega a volver más tarde y tiene deseos de buscarme.

No viene, así que ceno sola y salgo a bailar al bar rasta.

Cuando entro me doy cuenta que son todos paquis, así que me tomo una cerveza de litro y me voy sola y borracha acompañada por cuatro idiotas que me proponen coger entre los arbustos. Uno me cae más simpático así que lo intentamos. Pero mi mente está en ella, en Mariana y en la camionera. No le explico por qué lo dejo con la acabada sobre la arena porque seguro que no me va a entender. Me voy sola al hotel y duermo como un lirón, efecto de la cabalgata y la cerveza. Me duelen las entrepiernas, me excito un poco y sueño pesadillas de lo lindas e imposibles que son. Cuento una: la Rusa golpea la puerta de mi habitación y cogemos.

Inspiración

Me levanto temprano con un poco de resaca. Tomo el jugo que me dan en el hostel y con un poco de aprensión tomo el café con leche con gordura que me trajeron. Pienso en Mariela, que seguramente me retaría por todo el papelón de la noche anterior, por mi incapacidad de ponerle un límite a la cerveza. Ella, la imagen de la perfección: su estabilidad emocional, segura siempre de sus sentimientos y de su identidad. Exitosa no sólo en el surf sino también en el amor. Exitosa de sí misma. Conforme con su cuerpo perfecto, con su familia. Segura de su sexualidad. Una Campeona, con todas las letras de lo que representa cada palabra. C de campeona, A de amorosa, M de mejor, P de poderosa, E de exitosa, O de orgásmica, N de natural, A de amorosa. Y yo con mi vida llena de fracasos. El primero, haber nacido triste, disconforme, insegura y perdida. ¿Qué hago yo en este hostel sola como una planta que crece aislada en la ventana de un departamento de la calle Rivadavia, en el barrio del Once? ¿Qué soy yo? Un bollo de tristeza. Y una vez más, me odio como casi siempre

me odio, con la intensidad con la que me enamoro de otras personas. Creo que si le tengo que poner un nombre a mi enfermedad sería “intensidad desviada”. No puedo pensar en nada. Y de repente dejo de pensar en las demás chicas. Focalizo todo el amor que siento por ellas y lo desvío hacia mí convirtiéndolo en odio y decido acabar con mi vida. Este hostel es un buen lugar para acabar con ella. Son las 8 de la mañana y recién a las 12 se me vence el turno, así que tengo tiempo para dejar que la vida se vaya. Repaso todas las fórmulas que en mi vida había fantaseado para acabar conmigo misma. Tengo que descartar la que más me gusta que es la de beber mucho whisky, prender el gas del horno, poner una almohada adentro y apoyar mi cabecita para quedarme dormida eternamente con mis muñecas totalmente cortadas. En el cuarto no hay horno. Me levanto de la mesa y saludo a las camareras. “Soy escritora y estoy armando una novela de amor trágico”, le comento a la conserje mientras me retiro del desayunador. Si no estuviera yendo a suicidarme seguro no le hubiera dado ninguna explicación. Antes de ir para la habitación voy al despacho de alimentos y me compro un litro de whisky caro, para que me cueste menos tragarlo. “A la noche nos juntamos con mis amigos”, le digo a la que me lo vende. Entro en lo que es mi único refugio. Mi cama aún está destendida, despeinada. Las sábanas de flores hacen una canasta junto con el acolchado naranja. Las persianas están bajas y la luz del sol entra débil, frágil. Le cuesta también atravesar la volátil cortina de tul rosado.

No hago ningún rito. Primero pienso en juntar los objetos fetiche que traje. Mi perro de peluche, la foto de Marie y la rama mágica que me había regalado la Rusa. Pero no quiero tardar y arrepentirme. No quiero pensar en nada bello que me retorne a mi vida de dolor. Desenrosco la tapa de la botella y escucho el click que hace la tapita al abrirse.

Esa sutileza de la tapa apenas sellada. Trago. Trago la sangre que luego derramaré. Tiene gusto a muerte y desolación. Mientras bebo fumo tabaco. El humo es mi distracción cuando forma aves que vuelan mareadas, que están más locas que yo. Algunas son gaviotas. También hay un cóndor, un águila, un dragón... y me quedo dormida. Mientras duermo sigo tomando y fumando. Sueño con aves que vuelan mareadas. Sueño que podría estar muriendo por una causa mucho más noble que por mí misma. Por ejemplo, en un piquete o en una marcha, tirándole piedras al Congreso. O muerta por el impacto de una bala de goma disparada por un policía corrupto que me pegue justo en la nuca. Asesinada por la espalda y convertida en una mártir, una Santa. "Soledad". Que la gente lleve mi rostro horrible, que inmolido se convierte en bello, en paños bandana en sus cabezas. Pero ya hay una María Soledad y no hay lugar para otra. Aunque yo sería Soledad a secas.

Dormida me pregunto con qué me voy a cortar las venas. Olvidé preparar la herramienta asesina. Ya no puedo salir del cuarto a buscar nada así que soñando se me tiene que ocurrir algo. Decido hacerlo con la tapita del whisky. Lo intento pero la carne es demasiado dura como el cuero del caballo que había montado por la tarde pero sin tanto pelo. Impenetrable. La tapita se dobla toda y ni siquiera me rasguña. De repente me llega una Iluminación y miro la botella. Aún le queda alcohol pero yo ya estoy bastante insensibilizada, así que no me importa derrochar el líquido valioso que contiene. La agarro fuerte del pico como se agarra un martillo y haciendo círculos en el espacio que luce pequeño y denso la rompo contra el respaldo de madera de la cama. Una cama demasiado infantil para mí. Una lluvia de alcohol me baña y quedo toda pegajosa. Esto me gusta. Nunca lo había hecho antes. Me siento un gato jugando con el aceite. "La vida es

un juego”, me decía siempre una amigo y lo recuerdo en este momento. Hoy me atrevo a decírtelo desde acá: sos un tarado. Estoy dormida pero no borracha, o tan borracha. La resaca de ayer minimiza mi pedo actual. Pero igual ya lo tengo decidido y soy valiente. Me corto como puedo, a la altura del reverso del codo. No sé si el lugar donde “elegí” cortar es casualidad o es que estoy teniendo un golpe de creatividad. Grito fuertísimo, no un grito impostado, sino verdadero. Me duele un montón. Vienen la conserje, las camareras, y golpean la puerta preguntando si pasa algo. “Hola, ¿Pasa algo?”. Yo no quiero contestar. Trago el dolor y me chupo la sangre que sabe riquísima. Caliente, intensa. No me alcanza la boca para contenerla. “Hola, ¡hola!”, dicen. Golpean, toc toc. Un hilillo de sangre comienza a desplazarse hacia la puerta. El declive del piso lo lleva decidido hacia el exterior. Me tiro al suelo para detenerlo y es peor porque yo ya estoy toda ensangrentada, y como no puedo mover el codo, no puedo limpiar. La sangre fluye libre como un río de tormenta, fuera de su cauce. El cuarto sigue lleno de humo y de aves. El sol entra más fuerte y viril. Me envuelve como mi padre jamás lo hizo. Me siento feliz, feliz. Libre. Satisfecha.